

Salamanca 2002: Ciudad europea de la cultura

por Carina G. Cortassa

*Si muero aquí, sobre esta tierra verde, mollar y tibia de la dulce Francia.
Si muero aquí, donde el hastío muerde, envuelto en rosas de sutil fragancia.
Si muero aquí, oficina del buen gusto, donde sólo el estío da consuelo,
llevad mi cuerpo al maternal y adusto páramo que se encara con el cielo.*

Miguel de Unamuno, hijo pródigo de Salamanca, finalmente no murió en el exilio sino que regresó a la ciudad en la cual nació en una casa de la calle Bordadores, en el centro histórico de la capital construida en piedra dorada. Su presencia es ineludible en la ciudad como el aire que la impregna en los inviernos gélidos y en breves y tórridos veranos. Su cuerpo descansa, sí, en este oasis plantado en el alma de un páramo adusto: la dura meseta castellana.¹

Decía Azorín de él que *no sabe él mismo lo que piensa. Es un espíritu paradójico, inquieto, atormentado por la soledad de su retiro de las afueras de Salamanca; caótico, por la multitud de lecturas antitéticas y en lenguas diversas; hosco, agresivo a veces, por el apartamiento de la vida social... No es un pensador de una sola pieza: coexisten varios hombres en Unamuno. ¿Cómo explicar, si no, sus paradojas, sus genialidades?* Polémico y controvertido, cultor de la soledad, crítico y revulsi-

vo de la sociedad de su tiempo, fue un hombre y fue muchos: poeta, filósofo, novelista, profesor que azuca a las sombras de la represión y la tiranía siempre escondidas en las cimas del poder. Sus sucesores a la cabeza de la Universidad, ligada de manera indisoluble a la ciudad, reciben aún hoy un tratamiento principesco: para dirigirse a ellos es imprescindible hacerlo con la fórmula “Excelentísimo Señor Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca”. A Miguel de Unamuno, entre tantos atributos, entre tantos nombres para un solo hombre, se le conoce, sin más, como El Rector.

Otro hubo antes que él en estos claustros que reveló al poder su vacío, por cuanto intenta encarcelar el pensamiento, y que siglos antes también regresara a Salamanca no ya del exilio sino del infierno inquisitorial: Fray Luis de León, estudiante primero y luego profesor, figura emblemática de la época de mayor esplendor de la Universidad en el si-

glo XVI. Poeta y traductor de los autores clásicos, su traducción al castellano de *El Cantar de los Cantares* le valió la destitución y la cárcel del Santo Oficio durante cinco años, cuando la traducción latina de la *Biblia* debida a San Jerónimo –la Vulgata– se erigía como texto oficial e intocable. Sus palabras –al recuperar su cátedra de Teología– son eternas, precisamente, porque demuestran que todo poder sobre los demás es insuficiente y que sólo la razón y las palabras son constantes: *Declamamos ayer...* El aula lóbrega que lleva su nombre, paradójicamente, se percibe como inundada de luz a raudales, una luz que hiere los ojos: sólo hay que sentarse en los bancos duros de madera y enfriarse con la humedad de más de cuatrocientos años, mirar hacia el frente e imaginarlo allí parado, en ese sitio desde el cual pronunció la consagración de la palabra, no como dogma sino como fundación y continuidad de la libertad de la persona.

Dos épocas para dos hombres. Una misma ciudad. *Allí se halla lo que se desea: virtud, linaje, haber y todo cuanto bien de natura o de fortuna sea:* Garcilaso desmiente aquello tan conocido de que lo que natura no da, Salamanca no lo presta. La ciudad le devuelve a natura con creces lo que ésta le da, y añade algo más: le otorga a natura aquello de lo cual ésta carece. Francisco de Vitoria salió de Salamanca para que los indios americanos fueran considerados humanos, y en su cátedra nace el concepto de la universalización de los derechos humanos. Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz caminaron por estas mismas calles de piedra y aquí Fernando de Rojas, estudiante jocosos de vacaciones, “en alegre juventud y mancebía”, leyó en alta voz su *Celestina*. Hoy son más de 40.000 los estudiantes de todo el mundo que, anualmente,

celebran sus alegrías y algunas –pocas– desazones, por las calles de piedra.

Distintas épocas, una misma ciudad.

EL ENCLAVE DEL HUMANISMO ESPAÑOL

La tercera fue la vencida. Tras dos intentos fallidos, Salamanca y Brujas (Bélgica) fueron designadas en 1998 Ciudad Europea de la Cultura del año 2002² por acuerdo de los Ministros de Cultura de la Unión Europea. Méritos no le faltan a esta ciudad, a la cual sólo le restaba el reconocimiento de lo que sus habitantes y visitantes vivimos como una evidencia: Salamanca es Patrimonio de la Humanidad, consagrada por la UNESCO en 1988 tanto por la monumentalidad de su patrimonio arquitectónico como por la impronta que le ha dado su carácter de enclave histórico y literario del Siglo de Oro Español.

Hablar de ella se asocia de inmediato – algo sobre lo cual el acontecimiento de la capitalidad cultural se apoya fuertemente– con los casi ocho siglos de existencia de su Universidad, fundada en el año 1218: la más antigua de España y una de las primeras de Europa. Desde entonces, marcadas por el sentido más clásico del Humanismo de los maestros italianos de los siglos XV y XVI, generaciones de estudiantes han pasado bajo la criba de la tradición y de los antepasados ilustres, encabezados por los ya mencionados Luis de León y Miguel de Unamuno.

Pero también por otros como Antonio de Nebrija, quien aquí publica en 1492 la *Gramática Castellana*, la primera en lengua romance; poetas como Garcilaso, Quevedo, Rojas y Góngora, Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz; dramaturgos como Juan del Enzina, o músicos del talante de Francisco Salinas. Esta galería alcanza momentos de brillantez durante el Siglo de

Oro, cuando la ciudad junto al Tormes brilla con luz propia, acoge sus creaciones y gana su apelativo de "Muy Culta".³ En el plano de las leyes, un aporte señero es el de Francisco de Vitoria quien –sensible a la violencia de la conquista de América y a la dureza de las condiciones a que eran sometidos nuestros indígenas– elabora en el siglo XVI el "Derecho de Gentes", la primera forma de lo que se entenderá como Derecho Internacional, dando origen, al mismo tiem-

po, a la conocida en el campo de las leyes como Escuela de Salamanca.

Esta herencia marca de una manera muy fuerte el presente de la ciudad, cuya vida no sólo cultural se desenvuelve por relación directa con la Universidad: la multitud de estudiantes de todo el mundo que pasan por las aulas cada año constituye una de las principales fuentes de desarrollo y dinamización económica, junto con el turismo, que sostienen a Salamanca.

Daniel Brito

"A LA ESPERA", 2000. OLFO SOBRE TELA, 30 X 30 CM.

(EN ARTE BA 2001)



Y es la misma tradición—harto difícil desprenderse de su bagaje— la que orienta en diversos modos el perfil asumido como Capital Cultural, tal como sostienen los propios responsables:

- Una programación marcada por las formas más clásicas como la pintura, las artes escénicas, la música lírica, el cine de autor;
- con espacios reservados dentro de ellas para las opciones de vanguardia;
- y, finalmente, con oportunas —y sin abundar— concesiones a manifestaciones más ligadas a la cultura popular y mediática.

EL CONCEPTO DE "CULTURA" Y LA PROGRAMACIÓN

El discurso oficial del Consorcio Salamanca 2002 —conformado por diversas instituciones gubernamentales, intermedias y universitarias, responsables de la gestión de las actividades— resulta demostrativo de cuál ha sido la conceptualización del campo de lo cultural presente en la planificación: *Afrontamos el reto de conjuntar el pasado y el presente de Salamanca de un modo contemporáneo y de revalorizar su herencia cultural, recreándose en su pasado y situándose en él como opción de su propia especialización cultural, pero no de un modo pasivo, sino como un valor de presente y de futuro.*

Y también: *La programación incluye acontecimientos culturales en una apuesta decidida por la contemporaneidad, entendida como el ámbito en el que se mezclan géneros y técnicas, se ensayan modelos, se borran las fronteras, alejándose tanto de la simplificación como del elitismo o la dinámica del mercado.* Promediando el año, un repaso por la programación desarrollada y por venir muestra que, si bien efectivamente no se ha recaído en una dinámica mercantilista, la opción por la "alta cultura" ha sido una constante sobre todo

en el plano más visible de las artes escénicas, la música y las exposiciones.

Respecto del teatro, se representaron frondosamente desde Shakespeare a Tirso de Molina o Lope de Vega, y consagrados de la dramaturgia como Chejov, del Valle Inclán, Arthur Miller, Strindberg o Darío Fo; lo más destacado de la inclusión de las vanguardias estéticas se restringe a los catalanes de la Fura dels Baus, y a tres obras que conforman la sección "Nueva dramaturgia europea".

En cuanto a la música, los ciclos más nutridos de presentaciones resultan los Conciertos de Música Clásica (con presencias de renombre como Monserrat Caballé o José Carreras, Jordi Savall y orquestas de prestigio), el Festival de Música Antigua y Religiosa y el Ciclo de Ópera Barroca. Sin embargo, es en este campo donde las incorporaciones de géneros más populares se tornan apreciables, si bien aquéllos no dejan de ser ya plenamente incorporados tanto a los cánones de la "cultura culta" como a la industria cultural. En el primero de los casos situaríamos, por ejemplo, el Festival Internacional de Blues, de una altísima calidad, y el ciclo de jazz. Y para aquellos definitivamente vinculados a la cultura masiva, los recitales de bandas y solistas de rock y pop contemporáneo: Jarabe de Palo, los locales de Estopa, The Cranberries, Oasis, Manu Chao, Radiohead; una apuesta segura para captar la gran cantidad de jóvenes que pueblan la ciudad y que ha mostrado los más altos índices de convocatoria en su Plaza de Toros.

Otra de las secciones previstas por la capitalidad cultural es la que se centra en la celebración de congresos, jornadas, encuentros de reflexión, en general gestados en co-

laboración con las Universidades o centros de investigación locales. En este sentido, el objetivo enunciado por los responsables es aprovechar la fecha de inicio del nuevo siglo para reposicionar a Salamanca en la avanzada europea de la generación de conocimientos que alguna vez —como ya mencionamos— ostentara. *Prendemos para Salamanca la posibilidad de retomar consciente y organizadamente la posición que le corresponde como capital del pensamiento y de facilitar, mediante la celebración de congresos, jornadas y encuentros, la reflexión y la formulación de nuevas propuestas sobre los grandes asuntos que plantea la sociedad española, europea y mundial de finales del siglo XX y principios del XXI, con especial incidencia en el análisis de qué se entiende hoy día en Europa por cultura.*

En un momento en que tanto la integración del ámbito europeo como la problemática de la multiculturalidad generada por las crecientes olas inmigratorias provenientes del Tercer Mundo son notas dominantes de los debates en la Unión Europea, la última expresión —*el análisis de qué se entiende hoy día en Europa por cultura*— cobra una relevancia capital. En el próximo apartado procuramos destacar la relevancia del objetivo que se propone la Ciudad de la Cultura en referencia a procesos más amplios —y las consecuencias que de ellos se derivan— por los cuales atraviesa el Viejo Continente.

LA CULTURA EUROPEA:

UNA DIVERSIDAD DEMASIADO UNIFORME (¿AÚN?)

El fenómeno confluyente de ruptura de fronteras en el ámbito sociopolítico europeo y en el ámbito cultural mundial quiere ser aprovechado por Salamanca, como ya lo hizo en otros momentos de la historia, para aportar

reflexiones y propuestas que permitan definir y entender el futuro hacia el que vamos y recuperar para sí misma su capacidad de iniciativa y de influencia cultural. Se trata, en definitiva, de llevar a cabo el propósito de pensar la ciudad, pensar la cultura, pensar Europa...⁴ desde este ámbito de encuentros y saberes que es Salamanca.

Desde sus primeras referencias escritas en el 220 a.C. como Helmántika o Salmántica, la ciudad fue, en sus distintas etapas, ibérica, romana, visigoda y musulmana, hasta que en torno del 1000-1100 es recuperada por el cristianismo. Si bien la influencia mora no resulta tan visible aquí como en los últimos territorios reconquistados siglos después, toda España fue —durante 700 años— receptora del vasto caudal que la cultura islámica trajo consigo y que a través de este país ingresó a occidente: ciencia, medicina, astronomía, matemáticas, sin olvidar la filosofía de la Antigüedad clásica. Asimismo, fue sin duda la acción de una cantidad de intelectuales judíos lo que permitió que el patrimonio documental fuera incorporado tanto al latín como a las nuevas lenguas romances que se iban gestando.

Durante algunos períodos ejemplares en España, como el de Alfonso X El Sabio, conocido como el segundo fundador de la Universidad de Salamanca, la convivencia pacífica y el encuentro e hibridación cultural fueron marcas notables que trascendieron los enfrentamientos militares. Sin embargo, no fue una lección perdurable entre sus sucesores quienes, a partir de la unificación de España y la conquista de América, se embarcaron exactamente en lo contrario. Tanto al interior del propio país a través de las expulsiones, persecuciones y prohibicio-

nes contra judíos y árabes, y el establecimiento de la ortodoxia racial y religiosa, como en los territorios americanos mediante su acción sistemática de destrucción, expoliación y exterminio de la población indígena y su diversidad cultural.

Desde entonces y hasta entrado el siglo XX, en occidente había quedado muy claramente establecido de dónde provenía aquello que fuera “cultura”, asumidos los matices consecuentes de la alternancia de las potencias en la hegemonía tanto continental como de ultramar. Sin embargo, este dominio indiscutido –geopolítico, económico y cultural– comenzó a resquebrajarse progresivamente producto de las guerras y los procesos de descolonización para, finalmente, verse del todo desplazado con la consolidación del gran vencedor americano. Durante los últimos cincuenta años, por primera vez en dos milenios de historia, la capital del imperio más poderoso y extendido del planeta ya no estaba situada en algún punto de Europa: las referencias habían cambiado en todos los sentidos posibles.

Fue así como se hizo necesario repensar los propios espacios. A este, de por sí arduo, proceso fueron sumándose progresivamente diversas circunstancias que han venido a complejizar el campo de la reflexión y los debates respecto de las identidades culturales: la unificación del bloque europeo; la desterritorialización emergente en todos los campos producto de la Sociedad del Conocimiento; y, finalmente, la intensificación de las corrientes inmigratorias, algo para lo cual, visiblemente, Europa no está suficientemente preparada.

El fomento de la circulación interna de ciudadanos, la promoción de la convivencia, han

sido uno de los pilares básicos para la conformación de la Unión Europea. En este sentido, por ejemplo, políticas activas de intercambio educativo facilitan a los jóvenes la consecución de sus estudios en instituciones de los países miembros, por períodos breves o prolongados. Favorecer a una edad temprana el conocimiento mutuo de las costumbres e idiomas implica sembrar sistemáticamente el germen de la identidad supranacional a la cual se aspira arribar a través de esta generación. Podría caracterizarse a este proceso de integración como de índole afectiva: se trata en definitiva de estrechar lazos entre unos “iguales”, con sus peculiaridades sin dudas, pero que no llegan a definirse como “otros” culturales frente a los cuales desarrollar resistencia. Por el contrario, las particularidades nacionales se transforman cada vez más en una rémora que se pugna por superar: se trata de ser progresivamente más iguales, más indistinguibles, más “europeos”. La afirmación de la identidad cultural, en este sentido, no presenta fisuras.

Pero, evidentemente, el problema no transcurre por el ámbito de la flexibilización de las fronteras internas: la “amenaza”, como siempre, desde tiempos ancestrales, proviene de afuera. Europa ha sido históricamente un continente de emigración más que de inmigración, exportador de su cultura hacia el resto del mundo y reluctante receptor de influencias foráneas. La novedad de la situación es que Europa va en camino de convertirse en una tierra de inmigrantes, pero no está preparada para ello porque no forma parte de su experiencia histórica: ni política ni socialmente. De allí, las dificultades y la sensación de temor e incertidumbre ante los cambios profundos que se avizoran y que no

han sido previstos por las políticas públicas: se reacciona coyunturalmente con leyes rígidas o decisiones ad hoc cuando lo que se requiere es dar un marco abarcativo para una situación que, de hecho, está planteando al multiculturalismo como uno de los más grandes desafíos que la Europa del futuro deberá afrontar.

Por el momento, los pasos que se han dado provienen en su gran mayoría del plano académico, donde el tema se ha instalado con fuerza en los diversos ámbitos de producción del conocimiento. Existen pocos campos disciplinares que hoy se sustraen a la transversalidad de esta problemática, y así

se suceden los encuentros, jornadas y congresos donde el tema central es el multiculturalismo, o el interculturalismo, o la pluralidad cultural, o similares denominaciones dependiendo del enfoque ideológico desde el cual sea planteada.

Pensar la cultura, pensar Europa... El discurso que exhiben los responsables de Salamanca 2002 resulta coherente con la necesidad de reflexión que la actualidad de esta sociedad requiere. Pocos dudan de que, hoy, pensar en el futuro de la identidad europea implica comprender y anticipar el modo en que se responderá a los desafíos planteados por la diversidad.

Carina G. Cortassa: Licenciada en Comunicación Social. Docente de la Universidad Nacional de Entre Ríos. Estudiante del Master Comunica-

ción y Cultura en Ciencia y Tecnología, edición 2002. Universidad de Salamanca. España.

1. La ciudad de Salamanca es capital de la provincia del mismo nombre, parte de la Comunidad Autónoma de Castilla y León junto con las provincias de Ávila, Burgos, León, Palencia, Segovia, Soria, Valladolid y Zamora.

2. Maceió (Brasil) es la Ciudad Americana de la Cultura 2002. Anecdóticamente, podría comentarse que la postulante más firme para esta sede era nuestra ciudad de Córdoba, que finalmente fue relegada por la situación socioeconómica que se prefiguraba en el país.

3. Una de las particularidades de las ciudades españolas más antiguas es que su nombre se asocia a alguno de sus atributos más definitorios, por ejemplo su participación en hechos históricos, o características propias del entorno o la actividad de la localidad. Así, Salamanca es la Muy Culta; Cádiz es la Muy Noble y Muy Leal; Granada la Muy Heroica, etcétera.

4. El subrayado es personal.